

Capítulo

1

Estaba poniendo en orden las botellas de licor sobre la mesa plegable que había detrás de la barra portátil cuando entró corriendo Halleigh Robinson, toda sofocada y con su rostro, habitualmente dulce, bañado de lágrimas. Me llamó la atención de inmediato, pues iba a casarse en menos de una hora e iba todavía vestida con pantalones vaqueros y camiseta.

—¡Sookie! —dijo, rodeando la barra para agarrarme del brazo—. Tienes que ayudarme.

Ya la había ayudado vistiéndome con mi ropa de camarera en lugar del bonito vestido que pensaba ponerme.

—Claro —dije, imaginándome que Halleigh quería que le preparara alguna bebida especial..., aunque si hubiera escuchado sus pensamientos sabría ya que no me quería precisamente para eso. Pero como me apetecía estar de buen humor, había puesto en marcha mis mejores escudos protectores. Ser telépata no es divertido, sobre todo si estás metida en una ceremonia de alta tensión como es una doble boda. Esperaba ser invitada, no camarera. Pero el camarero del catering había sufrido un accidente de coche cuando venía de Shreveport y Sam, que había sido despedido cuando E(E)E insistió en utilizar su propio camarero, tuvo que ser contratado rápidamente de nuevo.

Yo estaba un poco frustrada por tener que verme en el lado profesional de la barra, pero no me había quedado otro re-

De muerto en peor

medio que hacerle un favor a la novia en un día tan especial como aquél.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunté.

—Necesito que seas mi dama de honor —respondió.

—¿Qué?

—Tiffany se ha desmayado después de que el señor Cumberland hiciera la primera tanda de fotografías. Va camino del hospital.

Faltaba una hora para la boda y el fotógrafo había decidido ir adelantando las fotografías de grupo. Las damas de honor y los padrinos ya estaban acicalados. Halleigh debería estar ya ataviada con sus galas de boda pero iba aún en vaqueros y con rulos, sin maquillar y con la cara llena de lágrimas.

¿Quién habría sido capaz de negarse?

—Tienes la talla adecuada —dijo—. Y seguramente a Tiffany tendrán que operarla de apendicitis. ¿Puedes probarte el vestido?

Miré de reojo a Sam, mi jefe.

Sam me sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

—Adelante, Sook. Oficialmente no abrimos el negocio hasta después de la boda.

De modo que entré con Halleigh en Belle Rive, la mansión de los Bellefleur, recientemente restaurada para que recuperara el esplendor que mostraba antes de la Guerra de Secesión. Los suelos de madera estaban resplandecientes, los dorados del arpa que había junto a la escalera relucían, la cubertería del enorme aparador del comedor brillaba. Por todas partes revoloteaban criados con chaquetas blancas en las que estaba grabado el logo de E(E)E con elaborada caligrafía negra. Extreme(ly Elegant) Events se había convertido en la empresa más importante de catering de lujo de Estados Unidos. Sentí una punzada en el corazón cuando vi el logotipo, pues mi chico, el que había desaparecido, trabajaba para la división sobrenatural de E(E)E. No dispuse de mucho tiempo para sentir aquel dolor, pues Halleigh me arrastró escaleras arriba de un modo inexorable.

La primera habitación de la planta superior estaba llena de jovencitas vestidas de dorado alborotando en torno a la futura cuñada de Halleigh, Portia Bellefleur. Halleigh pasó corriendo por delante de aquella puerta para entrar en la segunda habitación a la izquierda. También estaba llena de mujeres jóvenes, pero éstas iban vestidas con gasa de color azul noche. Reinaba el caos y la ropa de calle de las damas de honor estaba amontonada por todas partes. Junto a una de las paredes había un puesto de maquillaje y peluquería atendido por una mujer de aire estoico vestida con un blusón rosa, rulos en mano.

Halleigh lanzó las presentaciones al aire como si fueran confeti.

—Chicas, os presento a Sookie Stackhouse. Sookie, ésta es mi hermana Fay, mi prima Kelly, mi mejor amiga Sarah, mi otra mejor amiga Dana. Y aquí está el vestido. Es una treinta y ocho.

Me sorprendía que Halleigh hubiera tenido el aplomo necesario para despojar a Tiffany de su vestido de dama de honor antes de que se la llevaran al hospital. Me quedé en paños menores en cuestión de minutos. Me alegré de haberme puesto ropa interior bonita, pues no era momento de ser recatada. ¡Qué violenta me habría sentido de haber llevado una de esas bragas de abuela con agujeros! El vestido estaba forrado, por lo que no necesitaba combinación, otro golpe de suerte. Había un par de medias sobbrantes, que me puse enseguida, casi al mismo tiempo que me pasaba el vestido por la cabeza. A veces llevo una cuarenta —de hecho, la mayoría de las veces—, por lo que me tocó aguantar la respiración mientras Fay me subía la cremallera.

Si no respiraba mucho, todo saldría bien.

—¡Súper! —exclamó feliz una de las otras mujeres (¿Dana?)—. Ahora los zapatos.

—¡Oh, Dios mío! —dije cuando los vi. Eran unos zapatos de tacón altísimo a juego con el azul noche del vestido. Introduje los pies en ellos, temiéndome ya la sensación de dolor. Kelly (quizá) abrochó las hebillas y me levanté. Todo el mundo contuvo la

De muerto en peor

respiración cuando di un primer paso, luego otro. Me iban medio número pequeños. Un medio número muy importante.

—Podré aguantar la boda —dije, y todas aplaudieron.

—Vamos allá, entonces —dijo Blusón Rosa, y me senté en su silla. Aplicó más maquillaje sobre el que ya llevaba y me arregló el peinado mientras las verdaderas damas de honor y la madre de Halleigh ayudaban a Halleigh a vestirse. Blusón Rosa tenía una buena melena con la que trabajar. En los últimos tres años sólo había ido cortándome las puntas y la llevaba casi por la cintura. La chica con la que compartía mi casa, Amelia, me había hecho unas mechas, que habían salido bien de verdad. Estaba más rubia que nunca.

Me examiné en el espejo de cuerpo entero y me pareció imposible que aquella transformación se hubiera llevado a cabo en sólo veinte minutos. De camarera con camisa blanca con chorreras y pantalón negro a dama de honor con un vestido azul noche... y diez centímetros más alta, además.

Oye, estaba estupenda. El color del vestido era ideal para mí, la falda tenía un ligero corte trapecio, las mangas cortas no me iban muy apretadas y el largo era el adecuado para no parecer una fulana. Con las tetas que tengo, el factor fulana se dispara al instante si no me ando con cuidado.

Fui arrancada de la admiración hacia mi persona por la práctica Dana, que dijo:

—Mira, aquí tienes el procedimiento a seguir.

A partir de aquel momento me limité a escuchar y a asentir. Examiné el pequeño esquema. Asentí un poco más. Dana era una chica organizada. Si alguna vez decidiera invadir un pequeño país, querría tener a esa mujer de mi lado.

Cuando descendimos con cuidado la escalera (falda larga y tacones altos no son lo que se dice una buena combinación), ya estaba enterada de cómo iba a ir todo y lista para mi primera excursión por el pasillo hacia el altar como dama de honor.

Es algo que la mayoría de chicas ha hecho ya un par de veces antes de los veintiséis, pero Tara Thorton, la única amiga que

tenía lo bastante íntima como para pedírmelo, había aprovechado para casarse cuando yo estaba fuera de la ciudad.

El otro grupo de la boda estaba reunido abajo cuando llegamos. Los invitados de Portia irían por delante de los de Halleigh. Los dos novios y los padrinos tenían que estar ya fuera si todo iba según lo previsto, pues faltaban sólo cinco minutos para el despegue.

Portia Bellefleur y sus damas de honor eran en promedio siete años mayores que el destacamento de Halleigh. Portia era la hermana mayor de Andy Bellefleur, inspector de policía de Bon Temps y prometido de Halleigh. El vestido de Portia era un poco desmesurado —cubierto con tantas perlas, encaje y lentejuelas que me imaginé que debía de aguantarse solo—, pero era el gran día de Portia y podía ponerse lo que le viniera realmente en gana. Las damas de honor de Portia iban de dorado.

Los ramos de las novias eran iguales: blanco, azul oscuro y amarillo. En coordinación con el azul oscuro de las damas de honor de Halleigh, el resultado era precioso.

La encargada de la planificación de la boda, una mujer nerviosa y delgada con una enorme mata de pelo oscuro rizado, contaba cabezas de forma casi inaudible. Cuando se sintió satisfecha viendo que todos los imprescindibles estaban presentes, abrió las puertas dobles que daban al gigantesco patio con paredes de ladrillo. Vimos la multitud sentada en sillas plegables de color blanco de espaldas a nosotras y dividida en dos secciones, con una alfombra roja separando los dos lados. Estaban de cara a la plataforma donde esperaba el sacerdote junto a un altar cubierto con una tela y con velas encendidas. A la derecha del sacerdote, esperaba el novio de Portia, Glen Vick, de cara a la casa. Y, por lo tanto, a nosotras. Aunque se le veía muy, pero que muy nervioso, sonreía. Sus padrinos estaban ya en su puesto, flanqueándolo.

Las damas de honor doradas de Portia salieron al patio, y una a una iniciaron su marcha por el pasillo a través del cuidado jardín. El aroma de las flores de la ceremonia endulzaba la noche. Y las rosas Belle Rive estaban en flor, aun siendo octubre.

De muerto en peor

Finalmente, acompañada por un crescendo de música, Portia atravesó el patio hasta alcanzar el final de la alfombra. La coordinadora de la boda le seguía levantando, no sin cierto esfuerzo, la cola del vestido para que no se arrastrase por el suelo.

A la orden de un ademán del sacerdote, todo el mundo se puso en pie y miró hacia atrás para contemplar la marcha triunfal de Portia. Llevaba años esperando aquello.

Después de la llegada de Portia al altar, le llegó el turno a nuestro grupo. Antes de salir al patio, Halleigh nos dio un beso en la mejilla a cada una de nosotras cuando pasamos por delante de ella. Me lo dio incluso a mí, todo un detalle por su parte. La coordinadora de la boda nos hizo salir una a una y fuimos colocándonos delante de nuestro correspondiente testigo. El mío era un primo Bellefleur procedente de Monroe que se quedó sorprendido al verme a mí ocupando el lugar de Tiffany. Utilicé el paso lento que Dana me había indicado, sujetando entre mis manos entrelazadas el ramo inclinado en el ángulo deseado. Había estado observando como un halcón a las demás damas de honor. Quería hacerlo bien.

Todas las caras estaban vueltas hacia mí y me puse tan nerviosa que me olvidé de levantar mis escudos mentales: los pensamientos de la multitud vinieron corriendo hacia mí en una oleada de comunicación no deseada. «Está preciosa... ¿Qué le habrá ocurrido a Tiffany?... Caray, vaya percha... Daos prisa, necesito una copa... ¿Qué demonios hago yo aquí? Siempre consigue arrastrarme a todas las movidas de la parroquia... Me encantan las tartas de boda».

Una fotógrafa se cruzó en mi camino y me hizo una fotografía. La conocía, era una hermosa mujer lobo llamada María Estrella Cooper. Era la ayudante de Al Cumberland, un conocido fotógrafo de Shreveport. Sonreí a María Estrella y me hizo otra foto. Continué avanzando por la alfombra, manteniendo la sonrisa, y alejé de mí todo el alboroto que tenía en la cabeza.

Al cabo de un momento me di cuenta de que entre la multitud había puntos negros, lo que indicaba la presencia de vampi-

ros. Glen había pedido que la boda se celebrara de noche para poder invitar a algunos de sus clientes vampiros más importantes. Portia tenía que quererle de verdad para haber accedido a sus deseos, pues no le gustaban en absoluto los chupadores de sangre. De hecho, le daban náuseas.

A mí, en general, me gustaban los vampiros porque no podía acceder a su cerebro. Estar en su compañía me resultaba extrañamente apacible. De acuerdo, resultaba tenso en otros sentidos, pero al menos con ellos podía relajar el cerebro.

Por fin llegué al lugar que me habían designado. Había observado que los asistentes de Portia y de Glen se habían dispuesto en una V invertida, dejando un espacio delante para la pareja nupcial. Nuestro grupo estaba haciendo lo mismo. «Lo he pillado», pensé, y suspiré aliviada. Mi trabajo estaba hecho, pues no ocupaba el puesto de primera dama de honor. Lo único que me quedaba por hacer era permanecer quietecita y dar la sensación de que prestaba atención, y estaba segura de poder hacerlo.

La música se enfiló en un segundo crescendo y el sacerdote dio de nuevo la señal. Toda la gente se puso en pie y se volvió para mirar a la segunda novia. Halleigh empezó a desfilarse lentamente hacia nosotras. Estaba radiante. Halleigh había elegido un vestido mucho más sencillo que el de Portia y se la veía muy joven y muy dulce. Era al menos cinco años menor que Andy, tal vez más. El padre de Halleigh, tan bronceado y en forma como su esposa, dio un paso al frente para coger a su hija del brazo cuando ésta llegó delante de él; como Portia había desfilado sola por el pasillo (su padre había muerto mucho tiempo atrás), se decidió que Halleigh lo hiciera también.

Cuando me harté de la sonrisa de Halleigh, eché un vistazo a la gente que se había vuelto para ver avanzar a la novia.

Había muchas caras conocidas: maestros de la escuela elemental donde Halleigh daba clases, miembros del departamento de policía donde trabajaba Andy, los amigos de la anciana señora Caroline Bellefleur que seguían vivos y tambaleándose, los abo-

De muerto en peor

gados compañeros de Portia y otra gente del mundo judicial, y los clientes de Glen Vick y otros contables. Estaban ocupadas prácticamente todas las sillas.

Se veían algunas caras negras, y algunas caras morenas, pero la mayoría de los invitados a la boda eran personas de raza blanca y de clase media. Las caras más pálidas eran las de los vampiros, naturalmente. A uno de ellos lo conocía bien. Bill Compton, mi vecino y antiguo amante, estaba sentado hacia la mitad, vestido de esmoquin y muy guapo. A Bill le sentaba bien cualquier cosa que se pusiera encima. A su lado estaba sentada su novia humana, Selah Pumphrey, agente de la propiedad inmobiliaria de Clarice. Llevaba un vestido granate que resaltaba su pelo oscuro. Había cinco vampiros a los que no conocía. Me imaginé que serían los clientes de Glen. Aunque Glen no lo sabía, había otros invitados que eran más (y menos) que humanos. Mi jefe, Sam, era un cambiante excepcional capaz de transformarse en cualquier animal. El fotógrafo era un hombre lobo, igual que su ayudante. Para los invitados «normales» a la boda era un afroamericano con buen cuerpo, más bien bajito, que iba vestido con un buen traje y llevaba una cámara enorme. Pero Al se convertía en lobo las noches de luna llena, igual que María Estrella. Entre el gentío había algunos licántropos más, aunque sólo conocía a uno de ellos: Amanda, una mujer pelirroja que rondaba los cuarenta y que era propietaria de un bar en Shreveport llamado el Pelo del Perro. A lo mejor la empresa de Glen llevaba la contabilidad de ese bar.

Y había un hombre pantera, Calvin Norris. Me alegró ver que Calvin había venido acompañado, aunque la sensación desapareció cuando la identifiqué como Tanya Grissom. Mierda. ¿Qué hacía de nuevo en la ciudad? ¿Y por qué estaba Calvin en la lista de invitados? Me caía bien, pero no lograba entender su relación con los novios.

Mientras yo me dedicaba a examinar la multitud en busca de rostros familiares, Halleigh se había colocado ya en su puesto

junto a Andy y los testigos y las damas de honor tenían que volverse para escuchar la ceremonia.

Ya que no tenía una gran implicación emocional en el acto, me descubrí divagando mientras el padre Kempton Littrell, el sacerdote episcopal que solía acudir a la iglesia de Bon Temps dos veces por semana, seguía con la ceremonia. Las luces que habían encendido para iluminar el jardín se reflejaban en las gafas del padre Littrell y restaban color a su rostro. Parecía casi un vampiro.

Todo avanzó según el plan habitual. Chico, era una suerte que estuviera acostumbrada a estar de pie en el bar, pues la misa suponía mucho rato sin sentarse, y además con tacones. Casi nunca los llevo, y mucho menos de diez centímetros. Se me haría raro midiendo un metro setenta y cinco. Intenté no cambiar de posición armándome de paciencia.

Glen estaba poniéndole el anillo a Portia y ella estaba casi guapa cuando miró sus manos unidas. Nunca había sido de mis personas favoritas —ni yo de ella—, pero le deseaba lo mejor. Glen era huesudo, tenía el pelo castaño con entradas y llevaba gafas de cristales gruesos. Si llamaras a una agencia de casting y pidieras un personaje «tipo contable», te enviarían a Glen. Pero por su cerebro sabía que quería a Portia, y que ella le quería a él.

Cambié levemente de posición, colocando el peso de mi cuerpo sobre mi pierna derecha.

Entonces el padre Littrell inició de nuevo el proceso con Halleigh y Andy. Mantuve la sonrisa en la cara (ningún problema en este sentido; es lo que hacía todo el tiempo que pasaba en el bar) y fui testigo de cómo Halleigh se convertía en la señora de Andrew Bellefleur. Estaba de suerte. Las bodas por el rito episcopal pueden ser largas, pero las dos parejas habían optado por el formato de ceremonia más breve.

La música sonó por fin con notas triunfantes y los recién casados partieron hacia la casa. El cortejo nupcial los siguió en orden inverso. Avancé por el pasillo sintiéndome sinceramente feliz y un poquitín orgullosa. Había ayudado a Halleigh cuando

De muerto en peor

lo había necesitado... y muy pronto podría quitarme aquellos zapatos.

Me llamó la atención Bill, que sentado en su asiento se llevó en silencio la mano al corazón. Fue un gesto romántico y totalmente inesperado y me ablandé por un instante. A punto estuve de sonreírle, aunque Selah estaba a su lado. Justo a tiempo recordé que Bill era un canalla y un cabrón y seguí avanzando lastimeramente. Sam estaba de pie un par de metros más allá de la última hilera de sillas, vestido con una camisa de etiqueta como la que yo llevaba antes y pantalones negros de traje. Relajado y cómodo, así era Sam. En su imagen encajaba incluso su alborotado halo de cabello rubio cobrizo.

Le lancé una sonrisa sincera, y él me la devolvió. Me hizo una señal de aprobación levantando el dedo pulgar y, pese a lo complicado que es leer el cerebro de los cambiantes, adiviné que aprobaba tanto mi aspecto como mi comportamiento. Sus brillantes ojos azules no me abandonaron ni un momento. Hace cinco años que es mi jefe y nos hemos llevado estupendamente bien la mayoría de ese tiempo. Se enfadó mucho cuando empecé a salir con un vampiro, pero lo superó.

Tenía que ponerme a trabajar, y enseguida. Me puse a la altura de Dana.

—¿Cuándo podremos cambiarnos? —le pregunté.

—Oh, aún tenemos que hacer las fotografías —respondió alegremente Dana. Su marido se había reunido también con ella y estaba abrazándola. Él llevaba en el regazo a su bebé, una cosita menuda vestida de imparcial color amarillo.

—Me imagino que no me necesitaréis para eso —dije—. Hicisteis muchas fotografías antes, ¿verdad? Antes de que... como se llame se pusiera enferma.

—Tiffany. Sí, pero habrá más.

Tenía serias dudas de que la familia me quisiera presente en ellas, aunque mi ausencia desequilibraría la simetría en las fotografías de grupo. Encontré a Al Cumberland.

—Sí —dijo, fotografiando a las damas de honor y a los padrinos, que no dejaban de sonreír—. Necesito hacer algunas fotos más. Tienes que seguir con el vestido.

—Mierda —dije, porque me dolían los pies.

—Mira, Sookie, lo único que puedo hacer es fotografiar a tu grupo en primer lugar. ¡Andy, Halleigh! Perdón... ¡señora Bellefleur! Si queréis venir por aquí, empezaremos con vuestras fotografías.

Portia Bellefleur Vick se quedó un poco perpleja al ver que su grupo no era el primero, pero tenía gente de sobra a la que saludar para exasperarse en serio. Mientras María Estrella fotografiaba la conmovedora escena, un pariente lejano acompañaba a la señora Caroline, en su silla de ruedas, hasta donde estaba Portia. Ella se inclinó para besar a su abuela. Portia y Andy llevaban años conviviendo con la señora Caroline, desde que fallecieran sus padres. La debilitada salud de la anciana había retrasado la boda al menos dos veces. Originalmente, la ceremonia estaba planificada para la pasada primavera y se había organizado con urgencia porque ella estaba mal. Había sufrido un infarto del que se había recuperado. Después se rompió la cadera. Hay que decir que, para haber sufrido dos graves percances de salud, la señora Caroline tenía un aspecto... Bueno, a decir verdad, tenía simplemente el aspecto de una anciana dama que había sufrido un infarto y una fractura de cadera. Iba engalanada con un traje de seda beis. Incluso se había maquillado un poco y llevaba su pelo, blanco como la nieve, peinado al estilo Lauren Bacall. Una belleza en su día, había sido una autócrata toda la vida y una cocinera famosa hasta hacía muy poco.

Caroline Bellefleur estaba aquella noche en el séptimo cielo. Había casado a sus dos nietos, estaba recibiendo el homenaje de todo el mundo y Belle Rive se mostraba espectacular, gracias al vampiro que la observaba con un rostro completamente impenetrable.

Bill Compton había descubierto que era antepasado de los Bellefleur y había donado de forma anónima una cantidad gran-

De muerto en peor

dísima de dinero a la señora Caroline. La anciana había disfrutado gastándolo, sin tener ni idea de que provenía de un vampiro. Imaginaba que era el legado de un pariente lejano. Resultaba paradójico que los Bellefleur lo mismo pudieran odiar a Bill que sentirse agradecidos con él. Pero como en el fondo formaba parte de la familia, me alegré de que hubiera encontrado la manera de asistir a la boda.

Respiré hondo, alejé la oscura mirada de Bill de mi conciencia y sonreí a la cámara. Ocupé el lugar que tenía designado en las fotografías para equilibrar el cortejo nupcial, esquivé al primo de los ojos saltones y por fin subí corriendo las escaleras para cambiarme y ponerme mi atuendo de camarera.

Arriba no había nadie, y fue un alivio poder cambiarme sola en la habitación.

Me quité el vestido, lo colgué y me senté en un taburete para desabrocharme aquellos dolorosos zapatos.

Oí un ruido en la puerta y levanté la vista sorprendida. Bill acababa de entrar en la habitación, tenía las manos en los bolsillos y su piel resplandecía levemente. Traía los colmillos extendidos.

—Estaba intentando cambiarme —dije secamente. No tenía sentido mostrarme recatada. Bill había visto hasta el último centímetro de mi cuerpo.

—No les contaste nada —dijo.

—¿Qué? —Entonces mi cerebro lo captó. Bill se refería a que no les había contado a los Bellefleur que él era su antepasado—. No, por supuesto que no —dije—. Me pediste que no lo hiciera.

—Pensé que, con tu enfado, podrías haberles dado la información.

Le miré con incredulidad.

—No, los hay que aún tenemos honor —dije. Bill apartó un momento la vista—. Por cierto, veo que tienes las cara muy bien.

Durante el atentado que la Hermandad del Sol había efectuado en Rhodes, la cara de Bill había quedado expuesta al sol con resultados realmente repulsivos.

—Pasé seis días durmiendo —dijo—. Cuando por fin me desperté, estaba prácticamente curado. Y en cuanto a tu indirecta respecto a mi honor, no tengo defensa... excepto que cuando Sophie-Anne me pidió que te persiguiera... yo no quería hacerlo, Sookie. Al principio, ni siquiera quería fingir mantener una relación estable con una mujer humana. Pensé que me degradaría. Sólo entré en el bar para identificarte cuando ya no pude postergarlo por más tiempo. Y aquella noche nada salió como yo tenía pensado. Salí fuera con los drenantes, y sucedieron cosas. Cuando vi que solamente tú acudías en mi ayuda, decidí que era el destino. Hice lo que mi reina me dijo que hiciera. Y al hacerlo, caí en una trampa de la que no pude escapar. Y sigo sin poder escapar de ella.

«La trampa del AMOOOOR», pensé con sarcasmo. Pero Bill estaba demasiado serio, demasiado tranquilo como para burlarme de él. Yo estaba simplemente defendiendo mi corazón con el arma de la antipatía.

—Te has buscado una novia —dije—. Vuelve con Selah. —Bajé la vista para asegurarme de que me había desabrochado bien el segundo zapato. Me descalcé. Cuando levanté de nuevo la vista, los oscuros ojos de Bill estaban clavados en mí.

—Daría cualquier cosa por yacer otra vez contigo —dijo.

Me quedé helada, con las manos paralizadas a medio retirar la media de mi pierna izquierda.

Veamos, lo que acababa de decir me había sorprendido a muchos niveles. En primer lugar, por la expresión bíblica «yacer». En segundo lugar, por que me considerara una compañera de cama tan memorable.

O a lo mejor resultaba que sólo se acordaba de las vírgenes.

—Esta noche no me apetece tontear contigo, y Sam está esperándome abajo para que le ayude en el bar —dije secamente—. Vete. —Me levanté y me puse de espaldas a él mientras me ponía la camisa, el pantalón y remetía la camisa por dentro. Ahora tocaba ponerme las zapatillas deportivas negras. Después de echarle un rápido vistazo al espejo para asegurarme de que

De muerto en peor

aún quedaba un poco de carmín en mis labios, me volví hacia la puerta.

Se había ido.

Bajé la escalinata, crucé las puertas del patio y salí al jardín, aliviada por poder ocupar por fin mi puesto detrás de la barra, al que estaba mucho más acostumbrada. Aún me dolían los pies. Y también ese lugar castigado de mi corazón que llevaba el nombre de Bill Compton.

Sam me recibió con una sonrisa cuando ocupé mi puesto. La señora Caroline había vetado nuestra petición de dejar a la vista un bote para las propinas, pero los clientes de la barra habían empezado ya a llenar con unos cuantos billetes una copa de cristal en forma de globo. Decidí seguir dejándola donde estaba.

—Estabas realmente guapa con ese vestido —dijo Sam, preparando un ron con Coca-Cola. Serví una cerveza y sonreí al anciano que me la había pedido. Me dio una propina importante y bajé la vista al darme cuenta de que con mis prisas por bajar me había olvidado de abrocharme un botón. Estaba enseñando un poco más de lo conveniente. Por un momento me sentí incómoda, pero no era un botón que me hiciera parecer una fulana, sino un botón que decía: «Mirad, tengo tetas». De modo que lo dejé como estaba.

—Gracias —dije, confiando en que Sam no se hubiera percatado del rápido repaso que me había dado el anciano—. Espero haberlo hecho todo bien.

—Por supuesto que sí —dijo Sam, como si en ningún momento se le hubiese pasado por la cabeza la posibilidad de que hubiera fracasado en mi nuevo papel. Por eso es el mejor jefe que he tenido en mi vida.

—Buenas noches —dijo una voz ligeramente nasal, y cuando levanté la vista de la copa de vino que estaba sirviendo vi que Tanya Grissom ocupaba el espacio y respiraba el aire que bien podría utilizar cualquier otra persona. A su escolta, Calvin, no se le veía por ningún lado.

—Hola, Tanya —dijo Sam—. ¿Qué tal estás? Hacía ya tiempo que no se te veía.

—Tuve que atar algunos cabos sueltos en Misisipi —dijo Tanya—. Estoy aquí de visita y me preguntaba si necesitarías algo de ayuda a tiempo parcial, Sam.

Me obligué a mantener la boca cerrada y las manos ocupadas. Tanya se acercó todo lo que pudo a Sam mientras una señora anciana me pedía una tónica con un gajo de lima. Se la serví con tanta rapidez que la mujer se quedó pasmada y pasé enseguida a atender al siguiente cliente. El cerebro de Sam me decía que estaba encantado de ver a Tanya. Los hombres son idiotas, ¿verdad? Aunque, para ser justos, yo sabía ciertas cosas sobre ella que Sam desconocía.

Selah Pumphrey era la siguiente en la cola. Mi suerte me tenía sorprendida. Pero la novia de Bill se limitó a pedirme un ron con Coca-Cola.

—Enseguida —dije, tratando de no delatar que me sentía aliviada, y empecé a preparar el combinado.

—Le he oído —dijo Selah en voz muy baja.

—¿Has oído a quién? —pregunté, distraída por mi esfuerzo por escuchar, con mis oídos o con mi cerebro, lo que Sam y Tanya estaban hablando.

—He oído a Bill hablando antes contigo. —Viendo que yo no decía nada, continuó—. Lo seguí escaleras arriba.

—Entonces, él sabe que estabas allí —dije, distraídamente, y le entregué su copa. Me miró por un segundo con los ojos abiertos de par en par. ¿Alarmada, enojada? Se marchó. Si los deseos pudieran matar, yo habría muerto en el acto.

Tanya empezó a darle la espalda a Sam, como si su cuerpo pensara en marcharse aunque su cabeza siguiera hablando con mi jefe. Finalmente, su persona completa regresó con su pareja. La seguí con la mirada, llena de oscuros pensamientos.

—Una buena noticia —dijo Sam con una sonrisa—. Tanya estará disponible una temporada.

De muerto en peor

Reprimí mis ganas de decirle que Tanya había dejado más que claro que estaba disponible.

—Oh, sí, estupendo —dije. Había mucha gente que me caía bien. ¿Por qué habrían tenido que asistir a la boda dos de las mujeres que realmente me traían sin cuidado? Al menos, mis pies estaban prácticamente gimiendo de placer al sentirse libres de aquellos tacones de vértigo.

Sonreí, preparé copas, retiré botellas vacías y fui hasta la camioneta de Sam para descargar más material. Abrí cervezas, serví vino y sequé manchas hasta que empecé a sentirme como una máquina en eterno movimiento.

Los clientes vampiros se acercaron a la barra en grupo. Descorché una botella de Royalty Blended, una mezcla de calidad superior de sangre sintética y sangre auténtica de la realeza europea. Tenía que estar refrigerada, claro está, y era un regalo muy especial para los clientes de Glen, un regalo que él mismo había dispuesto personalmente. (La única bebida para vampiros que excedía en precio a Royalty Blended era Royalty casi pura, que apenas tenía conservantes). Sam dispuso las copas de vino en fila. Y luego me dijo que lo sirviera. Fui con un cuidado extremo para no derramar ni una gota. Sam entregó una a una las copas. Los vampiros, Bill incluido, dieron unas propinas excelentes y, con grandes sonrisas, levantaron las copas para brindar en honor de los recién casados.

Después de dar el primer sorbo al líquido oscuro que llenaba las copas, mostraron los colmillos como prueba de su beneplácito. Algunos de los invitados humanos estaban algo incómodos ante aquella muestra de agrado, pero enseguida apareció Glen, sonriendo y realizando gestos de asentimiento. Conocía a los vampiros lo bastante bien como para no ofrecerles un apretón de manos. Me di cuenta de que la nueva señora Vick no se codeaba con los invitados no muertos, aunque pasó un momento entre el grupo con una sonrisa tensa dibujada en la cara.

Cuando uno de los vampiros volvió a la barra para pedir una copa de TrueBlood normal, le serví la bebida caliente.

—Gracias —dijo, dejándome una nueva propina. Cuando abrió la cartera vi que su carné de conducir era de Nevada. Conozco bien los carnés porque estoy harta de pedirles la identificación a los niños que acuden al bar; venía de muy lejos para asistir a la boda. Era la primera vez que lo veía. Cuando se dio cuenta de que me había llamado la atención, juntó las manos e hizo una leve reverencia. Había leído una novela de misterio situada en Tailandia y sabía que aquello era un *wai*, un saludo educado que practicaban los budistas... ¿O serían, tal vez, los tailandeses en general? Da lo mismo, lo que es evidente es que quería mostrarse educado. Después de un instante de duda, dejé el trapo que llevaba en la mano e imité su movimiento. Mi gesto dejó satisfecho al vampiro.

—Me llamo Jonathan —dijo—. Los americanos no saben pronunciar mi verdadero nombre.

Quizá lo dijo con cierto toque de arrogancia y desdén, pero no lo culpé por ello.

—Yo soy Sookie Stackhouse —dije.

Jonathan era un hombre menudo, de aproximadamente un metro setenta de altura, con la tez de color cobre claro y el pelo oscuro característicos de su país. Era guapo. Tenía una nariz ancha y pequeña, y los labios carnosos. Sus ojos castaños estaban coronados por unas cejas negras absolutamente rectas. Tenía una piel tan fina que me resultaba imposible detectarle algún poro. Y ese pequeño resplandor que muestran todos los vampiros.

—¿Es tu marido? —preguntó, cogiendo la copa de sangre e inclinando la cabeza en dirección a Sam. Éste estaba ocupado preparando una piña colada para una de las damas de honor.

—No, señor, es mi jefe.

Justo entonces, apareció Terry Bellefleur, primo segundo de Portia y de Andy, para pedir otra cerveza. Le tenía mucho cariño a Terry, pero era mal bebedor y pensé que iba camino precisamente de eso. Pese a que el veterano de Vietnam quería quedarse a charlar sobre la política del presidente en la guerra actual, le acom-

De muerto en peor

pañé hasta donde estaba otro familiar, un primo lejano de Baton Rouge, y le pedí que vigilara a Terry y no le dejara conducir su camioneta.

El vampiro Jonathan no me quitó los ojos de encima en todo aquel rato, no sabía por qué. Pero no observé nada agresivo o lujurioso en su postura o comportamiento, y tenía los colmillos retraídos. Me pareció correcto no hacerle más caso y seguir con mi trabajo. Si Jonathan quería hablar conmigo por algún motivo, ya lo averiguaría tarde o temprano. Y si era tarde, no pasaba nada.

Fui a la camioneta de Sam a buscar una caja de Coca-Cola y me llamó la atención un hombre que estaba solo bajo la sombra de un gigantesco roble que había en la parte oeste del jardín. Era alto, delgado e iba impecablemente vestido con un traje que parecía carísimo. El hombre avanzó un poco hacia mí y le vi la cara; me di cuenta de que también estaba mirándome. Lo primero que pensé fue que se trataba de una criatura encantadora, no de un hombre. Fuera lo que fuera, no era precisamente humano. Aun siendo mayor, resultaba extremadamente atractivo y su pelo, todavía rubio dorado, era tan largo como el mío. Lo llevaba recogido. Estaba algo arrugado, como una deliciosa manzana que ha pasado demasiado tiempo en frío, pero iba completamente erguido y no usaba gafas. Llevaba un bastón negro, sencillo y con una cabeza dorada.

Cuando salió de las sombras, los vampiros se volvieron al unísono a mirarlo. Pasado un instante, todos inclinaron la cabeza. Él les devolvió el saludo. Mantuvieron las distancias, como si fuera un personaje peligroso o pavoroso.

Fue un episodio muy extraño, pero no tuve tiempo de pensar en ello. Todo el mundo quería una última copa gratis. La gala se había relajado y la gente empezaba a pasar a la parte delantera de la casa para despedir a las felices parejas. Halleigh y Portia habían desaparecido escaleras arriba para cambiarse. El personal de E(E)E se había encargado de retirar las tazas vacías y los platitos del pastel y el picoteo y el jardín estaba relativamente arreglado.

Ahora que ya no estábamos ocupados, Sam me dijo lo que tenía en mente.

—Sookie, ¿me equivoco o no te gusta Tanya?

—Tengo algo en contra de Tanya —dije—. Lo que pasa es que no estoy segura de si debería contártelo. Es evidente que te gusta. —Cualquiera diría que había estado dándole algún que otro traguito al bourbon. O al suero de la verdad.

—Si no te gusta la idea de trabajar con ella, quiero oír el motivo —dijo—. Eres mi amiga. Respeto tu opinión.

Fue agradable oír aquello.

—Tanya es bonita —dije—. Es brillante y muy capaz. —Aquello eran las cosas buenas.

—¿Y?

—Y vino aquí a espiar —dije—. La enviaron los Pelt, para tratar de averiguar si yo tenía algo que ver con la desaparición de su hija Debbie. ¿Recuerdas cuando vinieron al bar?

—Sí —dijo Sam. Bajo la iluminación que habían colocado en el jardín, quedaba tan brillantemente iluminado como hundido en las sombras—. ¿Tuviste algo que ver con ello?

—Todo —dije tristemente—. Pero fue en defensa propia.

—Sé que tuvo que ser así. —Me había cogido la mano. La mía se estremeció, sorprendida—. Te conozco —dijo, sin soltarme.

La fe de Sam me hizo sentir un calor interior. Llevaba ya mucho tiempo trabajando para él y que me tuviera en buena estima significaba mucho para mí. Casi me atraganté y tuve que toser para aclararme la garganta.

—Así que no me he alegrado de ver a Tanya —continué—. No confié en ella desde el principio, y cuando descubrí por qué había venido a Bon Temps, se me cayó el alma a los pies. No sé si los Pelt siguen pagándole. Además, esta noche ha venido con Calvin y no tiene sentido que quiera ligar contigo. —Mi tono de voz sonó mucho más enojado de lo que pretendía.

—Oh. —Sam estaba desconcertado.

De muerto en peor

—Pero si quieres salir con ella, adelante —dije, tratando de aligerar la cosa—. Quiero decir que... no tiene por qué ser mala. Y me imagino que creía estar haciendo lo correcto al venir aquí para encontrar información sobre una cambiante desaparecida. —Lo que acababa de decir había sonado bastante bien y podía incluso ser verdad—. No tiene por qué gustarme con quién salgas —añadí, simplemente para dejar claro que comprendía que no tenía ningún derecho sobre él.

—Sí, pero me siento mejor si te gusta —dijo él.

—Lo mismo digo —concedí, para mi sorpresa.